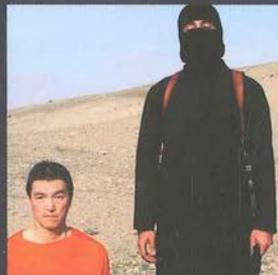
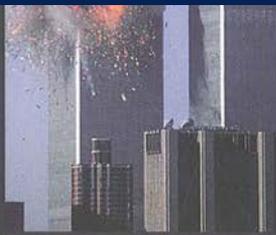




# TOLEFRANCIA

## Capítulo 21



*Tolerancia. Sobre el fanatismo, la libertad y la comunicación entre culturas*  
Centro de Estudios Filosóficos

© Centro de Estudios Filosóficos, 2015

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-04305

ISBN: 978-612-317-078-3

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500415

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**José M. González** | Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid | España

---

Sobrevivir al Holocausto: testigos de la intolerancia

Para Giorgio Agamben, «campo» es todo espacio en que se suspende el orden jurídico habitual y el poder soberano ejerce o puede ejercer una violencia irrestricta sobre el cuerpo, todo espacio en que el individuo se encuentra en manos no del derecho, sino de la arbitrariedad, del azar, la casualidad, la suerte o la Fortuna<sup>1</sup>. En este sentido, los campos se han multiplicado a lo largo del siglo xx: los campos de concentración del final de la Guerra Civil española dentro del propio país (como el campo de los almendros narrado por Max Aub), o los campos de internamiento del sur de Francia para los republicanos que consiguieron cruzar la frontera, los campos nazis de trabajo y exterminio, el Gulag soviético, los campos de Vietnam, los organizados por las dictaduras militares del cono sur (el estadio nacional de Santiago o la tristemente famosa Escuela de Mecánica de la Armada de Buenos Aires), los campos de refugiados de África o del Oriente medio, los campos de la antigua Yugoslavia o los campos de la emigración actual como el estadio de Bari en el que la policía italiana amontonó a los emigrantes albaneses, los campos de las dos guerras de Irak o la base de Guantánamo, etcétera, etcétera. El siglo xx—y el siglo xxi parece caminar por la misma senda— ha sido pródigo en este tipo de instalaciones—no todas iguales, por supuesto—, que reúnen esa característica común de sustituir el imperio de la ley y del derecho por el uso arbitrario e incontrolado de la fuerza, y en las que el individuo se siente completamente impotente sometido a los caprichos de la diosa Fortuna. En este sentido, puede tener razón Giorgio Agamben al señalar que el campo de concentración es un hecho que marca de manera indeleble el espacio político de la modernidad. Pero lo que me parece exagerado es su intento de elevar el campo de concentración a «*nomos* de lo moderno» o a «paradigma de la modernidad». Pienso que la modernidad es, como toda realidad humana, profundamente ambivalente: hijos de la modernidad son tanto los *Lager*, por un lado, como los derechos humanos y el desarrollo del liberalismo y de los sistemas democráticos, por otro. Ciertamente, toda democracia es imperfecta y debe ser criticada y profundizada, pero no ganamos nada más que confusión si pensamos que las democracias occidentales son una variante del campo de concentración. Me parece que tiene razón Primo Levi al expresar su repugnancia por la equiparación entre una fábrica de Fiat o un hospital psiquiátrico y un *Lager*: «esta comparación del mundo con un campo de concentración despierta repulsión en nosotros, en quienes hemos sido ‘marcados’ o ‘tatuados’». Sin embargo, a pesar de manifestar su disgusto, el propio Levi reconoce la utilidad de la analogía, siempre y cuando no se

---

<sup>1</sup> Cf. AGAMBEN, G. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos, 1998. Cf. también el libro de MATE, R. *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*. Madrid: Trotta, 2003, de cuyos planteamientos soy deudor en estas páginas.

confundan los planos: el Holocausto y los campos de la muerte son una experiencia única que no se puede comparar con ninguna otra situación, no se puede trivializar generalizando la situación de Auschwitz para referirse a nuestra vida cotidiana en las instituciones democráticas.

En este sentido, en las conversaciones con Camon, responde Primo Levi lo siguiente: «Sin embargo, y esta es la segunda cosa que debo decir, ellos [los campos] pueden ser válidos como metáfora. Dije en *Si esto es un hombre* que el campo de concentración es un espejo de la situación exterior, pero un espejo deformante. Por ejemplo, el automático e inevitable establecimiento de una jerarquía entre las víctimas es un hecho que no ha sido suficientemente discutido, el hecho del preso que sigue adelante sobre las espaldas de sus camaradas existe en todas partes»<sup>2</sup>.

A veces las metáforas son peligrosas, pues nos invitan a confundir el plano del lenguaje con el plano de la realidad. Y me parece que a veces Giorgio Agamben se desliza por esta fácil pendiente y conceptualiza el campo de concentración no como un espejo deformado de la realidad, sino como la realidad misma. Por otro lado, cabría decir que en toda la época nazi hubo varias metáforas que jugaron un papel perverso. Por ejemplo, la metáfora tradicional del cuerpo político y la necesidad de preservarlo frente a enfermedades y degeneraciones cobró nuevos y terribles significados. La definición de los judíos como un «cuerpo extraño» dentro del cuerpo social y político de la nación alemana condujo a la decisión de hacerlo desaparecer como se extermina una plaga del bosque en orden a preservarlo. La explotación de todos los prejuicios raciales antisemitas a través de la propaganda política más moderna condujo a un proceso creciente de odio hacia los judíos compartido por la mayoría de la población alemana, lo que les proporcionaba un sentimiento de superioridad racial al tiempo que justificaba la opresión y el exterminio de millones de personas. Primo Levi resume el desarrollo de los acontecimientos.

El paso de la prédica teórica a la acción práctica fue rápido y brutal. En 1933, solo dos meses después de que Hitler conquistara el poder, nace Dachau, el primer *Lager*. En mayo del mismo año se enciende la primera hoguera de libros de autores judíos o enemigos del nazismo (pero más de cien años antes Heine, poeta judío alemán, había escrito: «Quien quema libros termina tarde o temprano por quemar hombres»). En 1935 el antisemitismo queda codificado en una legislación monumental y minuciosa, las leyes de Nuremberg. En 1938, durante una única noche de desórdenes manipulados desde arriba, se incendian 191 sinagogas y se destruyen miles de tiendas de judíos. En 1939 los judíos de la Polonia recién ocupada son encerrados en *ghettos*. En 1940 se abre el *Lager* de Auschwitz. En 1941-1942 la máquina de exterminio está en pleno funcionamiento: las víctimas llegarán a millones en 1944<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> CAMON, F. *Conversations with Primo Levi*. Marlboro: The Marlboro Press, 1989, p. 20. Véase el análisis de HOMER, F. D. en su libro *Primo Levi and the Politics of Survival*. Columbia y Londres: University of Missouri Press, 2001, pp. 14-15.

<sup>3</sup> Cf. LEVI, P. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik, 1988, pp. 205-206.

Judíos, gitanos, polacos, eslavos en general, opositores políticos de toda condición, prisioneros de guerra fueron internados en condiciones infrahumanas, después de haber realizado un viaje agotador en vagones de ganado, seleccionados para las cámaras de gas en una revisión médica rutinaria aquellos que no estaban en condiciones de trabajar—niños, mujeres, ancianos—o condenados a sobrevivir para trabajar hasta el agotamiento y la muerte.

El Holocausto ha sido analizado de múltiples maneras y calificado como acontecimiento central del siglo xx en Europa y en el mundo o como «una vivencia mundial». Y ciertamente lo es. Fruto de la modernidad, de la organización y racionalización burocrática llevada a sus extremos, de la racionalidad productiva llevada hasta la máxima irracionalidad y aplicada a la fábrica sistemática de muerte y aniquilación de seres humanos, continúa siendo un aldabonazo en la conciencia mundial. ¿Cómo fue posible? ¿Qué debemos hacer para que nunca más se pueda volver a repetir? Mi perspectiva en esta ponencia se limitará a escuchar la voz de las víctimas, a través del relato autobiográfico de Primo Levi, uno de los supervivientes más conocidos de los campos de concentración y de exterminio. Uno de los elementos que Primo Levi repite constantemente y comparte con otros testigos es la importancia del azar, de la buena suerte o de la Fortuna para librarse de una muerte segura. Suerte que siempre va acompañada por alguna forma de solidaridad de los demás. Y utilizo conscientemente la palabra «testigo», a pesar de que Primo Levi considere que el verdadero testigo es quien no puede contar nada por haber vivido la experiencia hasta el final, muriendo trágicamente en ella. Admitiendo que los muertos en los campos sean los «verdaderos testigos» de la iniquidad, creo que para las generaciones posteriores son también testigos quienes nos han dejado testimonio escrito de sus vivencias y gracias a los cuales hemos podido comprender de alguna manera el horror.

Primo Levi: «Tuve la suerte de no haber sido deportado a Auschwitz hasta 1944». Con estas palabras referidas a la suerte, comienza Primo Levi el prefacio de *Si esto es un hombre*, su primer libro acerca de la experiencia propia en los campos de exterminio del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial. Nacido en una familia judía de Turín en 1919, se graduó en Química (1941) en la universidad de su ciudad natal. Miembro de la Resistencia antifascista, fue detenido por la milicia fascista en diciembre de 1943 e internado en Fossoli, un campo dirigido por los italianos del Duce. Poco después, los alemanes se hicieron cargo de controlar directamente la «solución final» en Italia y Levi fue enviado, junto con más de quinientos compatriotas, en un tren sellado a Auschwitz en febrero de 1944, en una época en la que el gobierno alemán ya había decidido «a causa de la escasez creciente de mano de obra, prolongar la vida media de los prisioneros que iba a eliminar concediéndoles mejoras notables en el tenor de vida y suspendiendo temporalmente las matanzas dejadas a merced de particulares»<sup>4</sup>. Liberado de Auschwitz por la llegada del ejército ruso en 1945, Levi tardó un año en regresar desde Polonia a Turín atravesando medio Europa, un viaje que narra en su segundo libro autobiográfico,

<sup>4</sup> Ib., p. 9.

*La tregua*, publicado en 1963. Su primer libro de 1947 pasó prácticamente desapercibido en una sociedad que salía de la brutalidad de la guerra y prefería olvidar los trágicos acontecimientos del Holocausto. Solo a partir de los años sesenta, Primo Levi —que mientras tanto había vuelto a su profesión de ingeniero químico— encuentra un público interesado y publica múltiples libros de relatos que culminan, a mi juicio, con la aparición en 1986 de *Los hundidos y los salvados*, obra con la que cierra la trilogía sobre su memoria y testimonio del Holocausto. El título de este último libro repite el de uno de los capítulos del primero y revela una de las obsesiones de Primo Levi. Frente a otras posibles parejas como buenos y malos, sabios y tontos, cobardes y valientes, desgraciados y afortunados, hay dos categorías bien diferentes de seres humanos en una división que se le impone en las duras condiciones de vida de los campos de trabajo, concentración y exterminio de la época nazi: los hundidos y los salvados, *I sommersi e i salvati*. De hecho, Primo Levi quería titular así su primer libro y, según cuenta en una entrevista, fue convencido por Franco Antonicelli, para que lo cambiara por *Si esto es un hombre*, palabras del poema que condensa el mensaje sobre la deshumanización de las víctimas que corre paralela a la deshumanización de los verdugos. En Auschwitz todo estaba pensado para enviar a la muerte en las cámaras de gas a las víctimas que llegaban por miles en los trenes y para suprimir la personalidad de los presos supervivientes que eran considerados útiles para el trabajo esclavo hasta la extenuación. La ropa, el pelo, todos los recuerdos, la familia y los amigos incluso el nombre les era quitado para ser tatuados con un número. Tratados peor que animales, el barracón de Birkenau estaba inicialmente proyectado para 40 caballos y se reutilizó para 400 presos, el gas de las cámaras de la muerte era el mismo que se utilizaba para eliminar insectos. «Ya no es un ser humano» quien es obligado a sobrevivir en estas condiciones, quien ha llegado hasta el fondo de la degradación, pero tampoco es más un ser humano quien inflige la destrucción total a otras personas y las trata como meros objetos. El poema «Si esto es un hombre» se dirige a quienes vivimos seguros en nuestras casas caldeadas rodeados de rostros amigos y nos exhorta a no olvidar a las víctimas del Holocausto, a esas víctimas cuya humanidad ha sido negada por los verdugos:

Considerad si es un hombre  
 Quien trabaja en el fango  
 Quien no conoce la paz  
 Quien lucha por la mitad de un panecillo  
 Quien muere por un sí o por un no.  
 Considerad si es una mujer  
 Quien no tiene cabellos ni nombre  
 Ni fuerzas para recordarlo  
 Vacía la mirada y frío el regazo  
 Como una rana invernal<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> *Ib.*, p. 11. Véase la explicación del título del libro en POLI, G. y G. CALCAGNO. *Echi di una voce perduta. Incontri, intervisti e conversazioni con Primo Levi*. Milano y Mursia, 1992, pp. 48-49.

Mi análisis se referirá solamente al papel de la suerte en la obra de Primo Levi. Suerte o fortuna que tiene dos elementos: fortuna para sobrevivir físicamente en un espacio planificado para la muerte y lo que podríamos denominar «fortuna moral» o suerte para sobrevivir moralmente sin perder del todo la dignidad de personas en un mundo completamente deshumanizado. Doble fortuna, pues, fortuna para sobrevivir físicamente y fortuna para la supervivencia moral en el naufragio generalizado del campo de exterminio. La evocación de la suerte atraviesa todo el libro *Si esto es un hombre*, desde la primera frase—como ya he señalado— hasta la última del apéndice escrito en 1976 y en el que Primo Levi resume su experiencia del *Lager*, insistiendo de nuevo en el papel de la suerte en haber sobrevivido físicamente y haber regresado a casa sin destrozos morales irreparables.

La fortuna de sobrevivir es la que marca la diferencia radical entre los pocos salvados y la inmensa mayoría de hundidos. Fortuna de sobrevivir a la selección inicial al llegar el tren de deportados y no ser enviados directamente a las cámaras de gas. Fortuna también para sobrevivir en la vida del campo después de la selección. De los judíos trasladados a Auschwitz durante años calcula Levi que en 1944 solo quedaban unos cuantos centenares que podían clasificarse en dos grupos: aquellos con una profesión útil en el campo como cocineros o médicos y los *Prominenten*, aquellos individuos particularmente crueles, vigorosos e inhumanos instalados en los cargos de *Kapo*, *Blockältester* y otros, que configuraban la jerarquía de poder entre los presos. Todo estaba programado para sucumbir y este fue el destino de millones de personas. Según Levi solo excepcionalmente se podía durar más de tres meses en las condiciones de hambre y trabajo agotador de Auschwitz, ateniéndose a cumplir las órdenes recibidas, a no comer más que la ración y a adaptarse a la disciplina de trabajo. Este fue el camino de la mayoría de los llamados «musulmanes» en la terminología de los campos: «Su vida es breve pero su número es desmesurado; son ellos los *Muselmänner*, los hundidos, los cimientos del campo; ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica de no-hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente»<sup>6</sup>.

Estos «muertos vivientes»—junto con los que bajaron de los trenes directamente a las cámaras de gas—son para Levi los auténticos «testigos» del Holocausto, los que han hecho el viaje de la muerte hasta el final y no han podido relatar su experiencia. Pero precisamente porque ellos no tienen voz propia es necesario que los supervivientes les presten su palabra y transmitan al mundo su mensaje. Levi se refiere a los hundidos con las siguientes palabras: «Son los que pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese encerrar todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen, que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una sola huella de pensamiento»<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> LEVI, P. Ob. cit., p. 96.

<sup>7</sup> Ib., p. 96.

Primo Levi sobrevive a tres procesos de selección entre la vida o la muerte. El primero, al llegar con su convoy de deportados a Auschwitz. Después de bajar del tren, sin saber todavía exactamente dónde estaban ni el destino que les esperaba, en menos de diez minutos, con la fría profesionalidad del trabajo rutinario de todos los días, los soldados de las ss separaron a los hombres útiles para el trabajo de las mujeres, los niños y los ancianos, quienes fueron conducidos directamente a las cámaras de gas: «Hoy sabemos que con aquella selección rápida y sumaria se había decidido de todos y cada uno de nosotros si podía trabajar o no útilmente para el Reich; sabemos que en los campos de Buna-Monowitz y Birkenau no entraron, de nuestro convoy, más de noventa y siete hombres y veintinueve mujeres y que de todos los demás, que eran más de quinientos, ninguno estaba vivo dos días más tarde. Sabemos también que por tenue que fuese no siempre se siguió este sistema de discriminación entre útiles e improductivos y que más tarde se adoptó con frecuencia el sistema más simple de abrir los dos portones de los vagones, sin avisos ni instrucciones a los recién llegados. Entraban en el campo los que el azar hacía bajar por un lado del convoy; los otros iban a las cámaras de gas»<sup>8</sup>.

En el primer sistema la elección todavía tenía un criterio de «racionalidad económica» en la búsqueda de manos útiles para el trabajo productivo; en el segundo, la selección era completamente aleatoria y estaba del todo en manos de la suerte.

Una segunda forma de selección tiene lugar de manera habitual entre los presos de la enfermería del campo. En el capítulo dedicado al Ka-Be (Krankenbau o enfermería), Levi describe los habituales controles de los ss para diezmar la población y cómo se forman dos grupos distintos: el de los que vuelven a su barracón para seguir trabajando y el de los que se dirigen directamente a la muerte: «De esta manera discreta y ordenada, sin aparato y sin cólera, por el barracón del *Ka-Be* se pasea todos los días la catástrofe y le toca a este o a aquel».

Por último, un tercer tipo de selección tiene lugar cada cierto tiempo porque hay que hacer sitio a un nuevo contingente de presos y esto significa reducir drásticamente la población de quienes llevan ya cierto tiempo en el campo. Primo Levi atraviesa por azar también la gran selección de octubre de 1944 y hace esta sumaria descripción del procedimiento por el que un oficial de las ss se convierte en «árbitro de nuestro destino», en diosa Fortuna con poder instantáneo sobre la vida o la muerte de miles de seres humanos: «El *Blockältester* ha cerrado la puerta del *Tagesraum* que da al dormitorio y ha abierto las otras dos que, del *Tagesraum* y del dormitorio, dan al exterior. Aquí, delante de las dos puertas, está el árbitro de nuestro destino, que es un suboficial de las ss. Tiene a la derecha al *Blockältester*, a la izquierda al *furrier* de la barraca. Cada uno de nosotros, saliendo desnudo del *Tagesraum* al frío aire de octubre, debe dar corriendo los pocos pasos que hay entre las puertas delante de los tres, entregar la ficha al ss y entrar por la puerta del dormitorio. El ss, en la fracción de segundo entre las dos pasadas sucesivas, con una mirada de frente y de espaldas,

<sup>8</sup> Ib., pp. 20-21.

decide la suerte de cada uno y entrega a su vez la ficha al hombre que está a su derecha o al hombre que está a su izquierda, y esto es la vida o la muerte de cada uno de nosotros. En tres o cuatro minutos, una barraca de doscientos hombres está "terminada" y, durante la tarde, el campo entero de doce mil hombres»<sup>9</sup>.

Cada uno de los prisioneros ve si su ficha va a la derecha o a la izquierda, pero nadie conoce con seguridad su destino, ya que se ignora cuál de las dos manos es la salvación. La angustia se mantiene poco tiempo y antes de que termine el recuento, todos saben ya que la mano izquierda significa la muerte. El examen rápido y sumario conduce, ciertamente, a múltiples equivocaciones y no son seleccionados para la eliminación solo los inútiles para trabajar. Lo importante desde la lógica de la burocracia del *Lager* es que nadie se pueda sentir seguro y, sobre todo, dejar sitio libre a las nuevas remesas de deportados que trabajarán durante los meses siguientes hasta ser sustituidos a su vez por otros.

Fortuna, pues, para la supervivencia en todas las selecciones y en las condiciones atroces de la vida cotidiana y del trabajo extenuante en el campo. Pero fortuna también para la supervivencia moral, para no perder completamente la dignidad de personas en un entorno deshumanizado. Levi deja muy claro que muchos sobrevivieron sin dignidad alguna, acomodándose a la violenta ley del más fuerte o del más astuto, como en primer lugar los llamados *Prominenten*, los «funcionarios» del campo, presos como los demás, pero que consiguen un lugar imprescindible en la jerarquía de poder gracias a su oficio o a alguna cualidad especial. Especial atención le merecen a Levi los prominentes judíos que debían luchar más denodadamente que los presos comunes o políticos alemanes o que los de cualquier otra nacionalidad para obtener y conservar su puesto. Lejos de imaginarnos la situación de los oprimidos que se unen en la lucha contra los de arriba o por lo menos para sobrellevar la situación, más bien lo que ocurría en Auschwitz era la lucha hobbesiana de todos contra todos, la vuelta a un estado de naturaleza brutal en el que ciertamente el hombre era un lobo para el hombre. Levi describe con palabras propias de la disección de un médico forense la actitud de casi todos los que adquirirían un puestecillo en la jerarquía burocrática del campo y aspiraban a mantenerse en él o a seguir escalando hacia otro puesto mejor o más seguro: «Cuando le sea confiado el mando de una cuadrilla de desgraciados, con derecho de vida y muerte sobre ellos, será cruel y tiránico porque entenderá que si no lo fuese bastante, otro, considerado más idóneo, ocuparía su puesto. Sucederá además que su capacidad de odiar, que se mantenía viva en relación a sus opresores, se volverá, irracionalmente, contra los oprimidos, y él se sentirá satisfecho cuando haya descargado en sus subordinados la ofensa recibida de los de arriba»<sup>10</sup>.

Muy pocos de los *Prominenten* o funcionarios del campo lograron sobrevivir con dignidad, sin degradarse como seres humanos al utilizar la violencia contra

<sup>9</sup> Ib., p. 135.

<sup>10</sup> Ib., p. 97.

sus compañeros de cautiverio. Conviene tal vez recordar que Auschwitz y los campos aledaños fueron los más crueles de todos, campos en que la lucha hobbesiana de cada uno contra todos se llevó hasta el final, campos en los que la organización política de resistencia fue escasa o, en todo caso, mucho menor que en campos como Buchenwald en los que la experiencia política previa de los internados les podía conducir con mayor facilidad a tejer redes de solidaridad en la desgracia común. Pero además de la categoría de los funcionarios del campo, hubo otro extenso número de prisioneros, «no favorecidos inicialmente por el destino» con un puesto seguro y que lucharon denodadamente con todas sus fuerzas de flaqueza para sobrevivir, teniendo que luchar todos los días contra el hambre, el frío y las jornadas de trabajo agotador, logrando aguzar el ingenio, ejercitar la paciencia, fortalecer la voluntad y también, a veces, «acallar la dignidad y apagar la luz de la conciencia» en el combate cotidiano de cada uno contra todos los demás. A esta segunda clase de supervivientes se refiere Primo Levi con las siguientes palabras: «Muchísimos han sido los caminos imaginados y seguidos por nosotros para no morir: tantos como son los caracteres humanos. Todos suponen una lucha extenuadora de cada uno contra todos, y muchos, una suma no pequeña de aberraciones y de compromisos. El sobrevivir sin haber renunciado a nada del mundo moral propio, a no ser debido a poderosas y directas intervenciones de la fortuna, no ha sido concedido más que a poquísimos individuos superiores, de la madera de los mártires y de los santos»<sup>11</sup>.

Así pues, poderosas y directas intervenciones de la fortuna necesarias para poder sobrevivir sin perder la dignidad de seres humanos en circunstancias extremas. Esto es lo que podemos entender como «fortuna moral». Pero no solo la vida o la muerte se deciden por azar. Toda la vida del campo está sometida a la arbitrariedad de la diosa Fortuna, ante la cual cualquier previsión razonable se oscurece y deviene vana ilusión. En varias ocasiones repite Levi este diagnóstico acerca de la vanidad de toda previsión en un mundo azaroso, sometido a la arbitrariedad, al cambio constante que produce una sensación de incertidumbre y la certeza de que «cuando se cambia, se cambia para peor». Toda la sabiduría acumulada en cinco meses de *Lager* se puede resumir en «no tratar de entender», no pensar en el futuro, no atormentarse por los acontecimientos, ni por cómo o cuándo acabaría la pesadilla, no hacer ni hacerse preguntas. La Fortuna ha vencido completamente a la Razón en estas circunstancias, y Levi reconoce la pérdida de confianza en la razón propia y el sometimiento a las leyes del azar: «Porque en el *Lager* se pierde la costumbre de esperar, y también la confianza en la propia razón. En el *Lager* pensar es inútil, porque los acontecimientos se desarrollan las más de las veces de manera imprevisible; y es perjudicial, porque mantiene viva una sensibilidad que es fuente de dolor y que alguna pródiga ley natural embota cuando los sufrimientos exceden de un límite determinado»<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> *Ib.*, pp. 98-99.

<sup>12</sup> *Ib.*, p. 179. Observaciones parecidas pueden verse en la p. 123.

Pensar es inútil y perjudicial en este mundo en el que la razón parece haber perdido su partida contra la fortuna. Y si embargo, a pesar de reconocer el enorme peso de la suerte, Primo Levi no abandona nunca la búsqueda de estrategias racionales de supervivencia. Como se recuerda, su viejo compatriota Maquiavelo aceptaba que la fortuna tenía poder sobre la mitad de nuestras acciones y nos dejaba a nosotros la otra mitad, o casi. En las trágicas circunstancias del siglo xx en los campos de concentración y de exterminio de la Alemania nazi, el poder de la Fortuna es mucho mayor y parece no dejar resquicio a la razón. Pero incluso aquí el poder de la suerte no es absoluto y es necesario contraponer la búsqueda de estrategias racionales de supervivencia para mantener la esperanza, aunque no sea más que a nivel inconsciente. Creo que las palabras finales de Primo Levi en el apéndice de 1976 a *Si esto es un hombre* resumen perfectamente su perspectiva: «El hecho de haber sobrevivido y de haber vuelto indemne, se debe en mi opinión a que tuve suerte. En muy pequeña medida jugaron los factores preexistentes, como mi entrenamiento para la vida en la montaña y mi oficio de químico, que me acarreó algún privilegio durante mis últimos meses de prisión. Quizás también me haya ayudado mi interés, que nunca flaqueó, por el ánimo humano y la voluntad no solo de sobrevivir (común a todos), sino de sobrevivir con el fin preciso de relatar las cosas a las que habíamos asistido y que habíamos soportado. Y finalmente quizás haya desempeñado un papel también la voluntad, que conservé tenazmente, de reconocer siempre, aun en los días más negros, tanto en mis camaradas como en mí mismo, a hombres y no a cosas, sustrayéndome de esa manera a aquella total humillación y desmoralización que condujo a muchos al naufragio espiritual»<sup>13</sup>.

Fortuna de vivir (o mejor de sobrevivir, de atravesar la muerte como un aparecido) y fortuna moral. Suerte a estos dos niveles: continuar viviendo y volver indemne —al menos relativamente— a nivel moral. Junto a los textos desesperados de Primo Levi en los que transmite su opinión de la imposibilidad de pensar racionalmente porque no sirve para nada y además es nocivo porque produce dolor, nos encontramos también otros textos más optimistas (o de un pesimismo optimista según le califica Frederic D. Homer<sup>14</sup>) en los que podemos leer la importancia de la búsqueda de estrategias racionales de supervivencia en un mundo sometido a las arbitrariedades de la diosa Fortuna. De nuevo, en términos de Maquiavelo, es necesario buscar un resto de virtud para oponer a la fuerza de la fortuna si bien, claro está, la *virtù* de Primo Levi es completamente diferente a la del florentino. En el texto que acabo de citar se encuentran condensados los argumentos de Primo Levi sobre la importancia de la suerte y también de los elementos que colaboran con la buena suerte.

En primer lugar, lo más importante es la motivación, no solo de sobrevivir (que es común a todos) sino la de sobrevivir para contarlo, para ser testigo de la inhumanidad,

<sup>13</sup> *Ib.*, pp. 211-212.

<sup>14</sup> Cf. HOMER, F. D. *Primo Levi and the Politics of Survival*. Columbia y Londres: University of Missouri Press, 2001, especialmente el capítulo III titulado «Optimistic Pesimism».

para pregonar un mensaje que es casi imposible de escuchar y creer. Primo Levi es un testigo que cuenta por necesidad su experiencia («los recuerdos me quemaban por dentro»), es un químico transformado en escritor porque la «experiencia del *Lager* me obligó a escribir» y de hecho comenzó a tomar las primeras notas para su libro estando todavía en el laboratorio de química de Auschwitz, sabiendo que si sus apuntes fueran descubiertos por casualidad le costaría la muerte. Escribir significa una liberación interior, una especie de terapia psicoanalítica que de hecho le hace comparar en alguna ocasión su escritura con el diván de Freud. La compulsión a escribir se refleja también en un sueño repetido en el campo de concentración y según el cual soñaba que había vuelto a casa, a los suyos, a su familia, les relataba lo ocurrido en los campos de la muerte y nadie le escuchaba, nadie quería creer<sup>15</sup>. Es necesario, pues, relatar en voz alta lo ocurrido. Esta necesidad de ser testigo del Holocausto tiene otras dos razones: es preciso dar voz a millones de muertos que no han podido expresarse, hay que cederles la palabra para que el mundo respete su memoria, es un deber de justicia no olvidar a las víctimas. Y además es necesario evitar que Auschwitz se repita, que nunca más sea posible.

Además, fue para Levi «un regalo del destino» la posibilidad de utilizar sus conocimientos de química para sobrevivir en mejores condiciones de trabajo los últimos meses en el *Lager*. Hay un elemento de suerte, de «regalo del destino», pero también una estrategia racional de supervivencia por su parte para aprovechar la ocasión de utilizar su pericia profesional, esforzándose en recordar, concentrando todas sus fuerzas físicas y psíquicas en aprobar el examen de química ante el doctor Pannwitz (quien actúa de nuevo como otra diosa Fortuna y escribe el destino de Primo Levi «en la página blanca») y trabajando después sin cometer errores en el laboratorio del *Kommando* 98, el llamado *Kommando* químico.

Por otro lado, Levi mantiene en el mismo texto que su voluntad constante de reconocer, incluso en las peores circunstancias, tanto en sus camaradas como en sí mismo a hombres y no a cosas le preserva de la desmoralización y de la humillación total. Esto le salva de una completa deshumanización y le ayuda a salir de la soledad en la lucha cotidiana por la supervivencia, esa «opaca soledad íntima» que acompaña a cada uno de los prisioneros en su afán diario por sobrevivir. De nuevo nos encontramos aquí—al igual que en otros «testigos» como Imre Kertész y Jorge Semprún— con el valor de la solidaridad. Primo Levi relata la ayuda de Lorenzo, un obrero civil italiano que le dio un pedazo de pan todos los días durante seis meses, le regaló una camiseta y escribió una carta a la familia de Italia y le hizo llegar la respuesta. En último término, gracias a él, reconoce un resto de humanidad en los otros y en sí mismo, resto por el que podía merecer la pena seguir luchando y salvarse: «Creo que es a Lorenzo a quien debo hoy el estar vivo; y no tanto por su ayuda material como por haberme recordado constantemente con su presencia, con su manera tan llana y fácil de ser bueno, que todavía había un mundo justo fuera del nuestro, algo y alguien todavía puro y entero, no corrompido ni salvaje, ajeno al odio

<sup>15</sup> Cf. LEVI, P. *The Drowned and the Saved*. Londres: M. Joseph, 1988, pp. 1-2.

y al miedo; algo difícilmente definible, una remota posibilidad de bondad, debido a la cual merecía la pena salvarse»<sup>16</sup>.

Lorenzo, Alberto, los dos colegas del laboratorio de química ejercen la solidaridad que parece imposible en Auschwitz, en ese mundo hobbesiano de pérfida lucha de cada uno contra todos para sobrevivir. Resulta significativa la reflexión de Primo Levi sobre el final del estado de naturaleza en el *Lager* y el comienzo de una nueva situación. El 19 de enero de 1945 los alemanes han abandonado Auschwitz, después de intentar borrar las huellas de la masacre y de llevarse a la mayoría de los presos en una marcha de evacuación que terminó con la vida de casi todos ellos. Solo quedan en el campo los enfermos, Levi con varicela, nada funcionaba ya ni siquiera la calefacción y la temperatura bajaba hasta veinte grados bajo cero. De todos los enfermos del barracón únicamente tres pueden trabajar y se tienen que encargar de todo: conseguir una estufa y hacer el rancho. En esta situación, uno de los enfermos propone que cada uno dé a los que trabajan una rebanada extra de su pan y la proposición es aceptada. Levi comenta: «Solo un día antes un acontecimiento semejante habría sido inconcebible. La ley del *Lager* decía: "Come tu pan y, si puedes, el de tu vecino", y no dejaba lugar a la gratitud. Quería decir que el *Lager* estaba muerto. Fue aquel el primer gesto humano que se produjo entre nosotros. Creo que se podría fijar en aquel momento el principio del proceso mediante el cual, nosotros, los que no estábamos muertos, de *Häftlinge* empezamos lentamente a volver a ser hombres»<sup>17</sup>.

La última técnica racional de supervivencia a la que me quiero referir tiene como objeto la suerte misma, su manipulación, interpretar todo de manera positiva porque eso ayuda a seguir adelante y superar esa sensación real de haber tocado el fondo de la desesperación y de la inhumanidad. Recordando una tarde de noviembre en que está calado hasta los huesos después de diez días de diluvio en los que debe trabajar bajo la lluvia en una tierra llena de lodo como el fondo de un pantano, escribe Primo Levi lo siguiente: «Es una suerte que hoy no sople el viento. Es extraño, de alguna manera se tiene siempre la impresión de tener suerte, de que cualquier circunstancia, tal vez infinitesimal, nos sujeta junto al abismo de la desesperación y nos permite vivir. Llueve, pero no sopla el viento. O tal vez llueve y sopla el viento: pero sabes que esta tarde te toca a ti el suplemento de potaje y, entonces, también hoy encuentras fuerzas para superar la tarde. O incluso tienes lluvia, viento y el hambre cotidiana, y entonces piensas que si no te quedase otro remedio, si no sintieses en el corazón más que sufrimiento y tedio, como a veces sucede, que te parece de verdad yacer en el fondo, pues bien, aun entonces pensamos que si queremos, en cualquier momento, siempre podemos llegarnos hasta la alambrada eléctrica y tocarla o arrojarnos bajo los trenes que maniobran, y entonces dejaría de llover»<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> LEVI, P. *Si esto es un hombre*. Ob. cit., p. 129.

<sup>17</sup> *Ib.*, p. 167.

<sup>18</sup> *Ib.*, p. 138.

Manipular la suerte o al menos interpretar positivamente los acontecimientos, no dejándose dominar por ellos como forma racional de supervivencia, es no dejarse hundir en el «abismo de la desesperación» y seguir adelante sin perder del todo la esperanza.

Cabe también preguntarse hasta qué punto las normas morales podían tener vigencia en las situaciones extremas de los campos de exterminio, en los que la vida humana queda a merced del mero instinto de supervivencia. Hay un texto de Primo Levi que sugiere la existencia de dos mundos morales muy diferentes, fuera y dentro del campo: «Pero es indiscutible que quien está demasiado débil, o desnudo, o descalzo, piensa y siente de otra manera, y lo que se adueña de nuestras mentes era la sensación de estar totalmente inermes y en manos de la suerte»<sup>19</sup>.

Sentido de impotencia total y completa dependencia de la suerte a dos niveles: fortuna para sobrevivir físicamente y fortuna para mantener un mínimo de dignidad moral. Pero lo que quiero destacar ahora es la contraposición entre dos formas de moralidad, aquella propia de tiempos normales y la propia de tiempos extraordinariamente difíciles en que el sentido de lo humano tiende a desaparecer. En sus reflexiones sobre la ética y el Holocausto, Roger Fjellstrom ha distinguido entre una moralidad de la luz y una moralidad de las tinieblas o de la oscuridad<sup>20</sup>. La tradición de pensamiento moral en Occidente ha estado dirigida solo a la «moralidad de la luz»: el término «luz» se refiere a la condición de los seres humanos como *agentes morales* y «moralidad de la luz» abarca un conjunto de cuestiones y respuestas morales referidas a los individuos como tales *agentes morales*. La entera tradición de la filosofía moral occidental, desde Sócrates, ha estado dirigida a ayudarnos a convertirnos en agentes morales racionales y autónomos que eligen sus propias normas de comportamiento. Decisión propia y autonomía son los rasgos fundamentales del individuo como agente moral; además su decisión ha de estar fundamentada racionalmente. De esta forma, racionalidad, autonomía del individuo y elección propia de los valores que dan sentido a la acción concreta o a la propia vida en general son los factores básicos de la «moralidad de la luz». Ciertamente, no todas nuestras elecciones morales cumplen las condiciones antedichas, y una misma persona puede traspasar la barrera entre «moralidad de la luz» y «moralidad de la oscuridad» y volver de nuevo a la primera, e incluso estar al mismo tiempo en una y en otra según diferentes situaciones. Pero en los campos nazis, las posibilidades de los prisioneros de comportarse como agentes morales racionales y autónomos era muy reducida o prácticamente nula y de ahí su sensación de estar completamente «inermes y en manos de la suerte». Primo Levi invita al lector a reflexionar acerca de cuánto de «nuestro mundo moral normal podría subsistir más allá de la alambrada de púas».

<sup>19</sup> *Ib.*, p. 162.

<sup>20</sup> Cf. FJELLSTROM, R. «Morality of the Light, Morality of the Dark. Reflections on Ethics and the Holocaust». En A. ROSENBERG; J. R. WATSON y D. LINKE. *Contemporary Portrayals of Auschwitz. Philosophical Challenges*. Nueva York: Humanity Books, 2000, pp. 95-116. Otras interesantes reflexiones sobre la vida moral en los campos de concentración pueden verse en TODOROV, T. *Facing the extreme. Moral life in concentration camps*. Nueva York: Metropolitan Books, 1996.

La entrada en el campo implicaba la destrucción del mundo personal del individuo, de sus lazos de amistad y de familia, con la conciencia, además, de que sus seres queridos habían sido brutalmente asesinados en las cámaras de gas. En muchos casos, destrucción también de la fe (resultaba imposible seguir creyendo en un Dios que permitía la humillación y la aniquilación masiva de su pueblo) y de los valores que daban sentido a la vida personal. Destrucción de toda fe y esperanza en el futuro, con todos los planes de vida radicalmente truncados. Terror continuo e inminencia constante de la muerte, que puede producirse «por un sí o por un no». Arrojadlos a una «opaca soledad íntima» en la lucha constante por la supervivencia, ¿cómo es posible seguir siendo un agente moral en estas condiciones extremas? Son muchos los textos en los que Primo Levi se refiere a la completa pérdida de voluntad, al intento constante por parte de los alemanes de anular primero a los presos como seres humanos para matarles después lentamente. Así, por ejemplo, escribe sobre la música —marchas militares y canciones populares— que acompañaba la marcha de los presos al trabajo, sustituyendo la falta de voluntad de sus «almas muertas»: «Cuando suena esa música sabemos que nuestros compañeros, afuera en la niebla, salen en formación, como autómatas; tienen las almas muertas y la música los empuja, como el viento a las hojas secas, y es un sustituto de su voluntad. La voluntad ya no existe: cada latido se convierte en un paso, en una contracción refleja de los músculos deshechos. Los alemanes lo han conseguido. Son diez mil y son solo una máquina gris: están determinados exactamente; no piensan y no quieren; andan»<sup>21</sup>.

En estas situaciones extremas se carece incluso de voluntad para poner fin conscientemente a la propia vida. De hecho, el porcentaje de suicidios fue muy bajo en los campos debido a que el suicidio supone una capacidad de razonamiento y de decisión que se vuelve inalcanzable en las condiciones de vida miserables, en las que la voluntad ya no existe y el individuo ha quedado convertido en un mero engranaje de una máquina gris, muerta el alma y reducido el cuerpo a un hambre perpetua.

Y, sin embargo, no todo está en manos de la fortuna o de la suerte. Ya me he referido a que la supervivencia física y moral de los «salvados» dependió de actos de generosidad, de encontrar, por ejemplo, un amigo como Lorenzo que ayuda a Primo Levi y le recuerda con su presencia que la bondad sigue existiendo también en el *Lager*. También fue importante, ya lo he dicho, buscar y encontrar una motivación para salir adelante como relatar lo ocurrido, ser testigo para que nunca más se repita Auschwitz. Lo que quiero expresar, por último, es que también existió una «ética de la resistencia» en los campos, y esto a dos niveles: resistencia externa, colectiva, en numerosos intentos de rebelión, casi todos fracasados —con la cruel represión consiguiente— y resistencia interna, en la conciencia de muchos individuos. El crematorio número tres de Birkenau (el campo de exterminio anejo a Auschwitz) fue explotado por el *Sonderkommando*, es decir, el grupo especial dedicado al horrible trabajo de sacar los cadáveres de la cámara de gas y transportarlos al crematorio, grupo que, para eliminar testigos, era periódicamente exterminado

<sup>21</sup> LEVI, P. *Si esto es un hombre*. Ob. cit., p. 54.

por los alemanes y mantenido segregado del resto de los presos. Según comenta Levi, un grupo «de esclavos inermes y débiles como nosotros han sacado de sí mismos la fuerza necesaria para actuar, para madurar los frutos de su odio». Por otro lado, como ejemplo de resistencia en el fuero interno del individuo bien pueden servir las palabras del veterano Steinlauf, quien le explica al nuevo recluso Primo Levi la necesidad de lavarse todos los días en el agua turbia del inmundo lavabo para mantener un mínimo de dignidad moral. El sentido de las palabras de Steinlauf era el siguiente: «Que somos esclavos, sin ningún derecho, expuestos a cualquier ataque, abocados a una muerte segura, pero que nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento. Debemos, por consiguiente, lavarnos la cara sin jabón, en el agua sucia y secarnos con la chaqueta. Debemos dar betún a los zapatos no porque lo diga el reglamento sino por dignidad y por limpieza. Debemos andar derechos, sin arrastrar los zuecos, no ya en acatamiento de la disciplina prusiana sino para seguir vivos, para no empezar a morir»<sup>22</sup>.

Aunque al principio, Levi no comparte la prudencia y virtud de Steinlauf, más tarde se dará cuenta de la necesidad de mantener un espacio de rebeldía interior, «la facultad de negar nuestro consentimiento» como estrategia racional para sobrevivir frente a los avatares de la diosa Fortuna. Incluso en los momentos de mayor sumisión ante el opresor, cuando no es posible un gesto de rebelión externa ni una palabra de desafío ni siquiera una mirada que juzgue, al menos se necesita mantener la capacidad interna de decir «no», para no empezar a morir física y moralmente.

Mucho tenemos que aprender de los testigos de la intolerancia de Auschwitz y de todas las formas institucionalizadas de intolerancia que han venido después. Y, al mismo tiempo, es necesario escuchar la palabra ahogada de las víctimas y hacer justicia a su memoria.

---

<sup>22</sup> *Ib.*, p. 43.